Halpin

Estel

Image not found.

Capítulo 1

¿Qué debe hacer uno para que le dejen en paz a su zombi?

A cada rato llega el pobre Halpin sin un brazo, con un ojo de fuera. Los malditos gamberros, ¡esos son! Acechando a la vuelta de la esquina con piedras o sierras de cadena, para divertirse con los infortunados muertos vivientes que van por las tortillas.

No es fácil, en ésta sociedad, ser un dueño satisfecho. Los zombies son extremadamente resistentes, y obedecen siempre y al instante. Pero muchas personas no lo ven así. No entienden que el reciclaje de carcasas es algo sumamente beneficial, en tantos aspectos. Veamos: primero está el aspecto ambiental. Los zombies no tienen fecha de caducidad, puesto que la han sobrepasado por mucho. Durarán toda la vida del dueño, y cuando éste muera, el zombie finalmente será adicionado con vitaminas y minerales, machacado y mezclado con composta, y echado a tierra para acelerar el crecimiento de las flores y los frutos de nuestros campos.

El otro día, mientras sacaba a Halpin con la correa, nos pasó algo de lo más ilustrativo; una mujer, ¡qué digo!, una ancianita encorvada, arrugada y de mala finta, se nos atravesó chocheando y me puso el bastón en la cara. "¡Espere, joven!", me dijo, y se sacó un par de anteojos del bolsillo de su túnica. Se los encajó en el puente de la nariz, y en ese instante sus ojos parecieron incendiarse con algo que seguramente no convendría en una persona de su edad. "¡Ah, por amor del Cielo!" exclamó muy animosa, "¡pero si es el primo Encarnación!" Yo le sonreí, seguro de que no se equivocaba. "Más bien Reencarnación", contesté, tras lo cual, la anciana empezó a exigirme que le diera a Halpin de inmediato. ¡Habrase visto!… me negué, naturalmente, pero la iniquidad de los vecinos no tiene fin, y esa Furia ha llegado al grado de meter una demanda por robo, de lo más injustificada. Yo compré a mi zombie en el centro comercial, muchas gracias. Y el que éste haya resultado ser un pariente de una doña nadie me es del todo inconsecuente, como también lo será para el departamento de justicia.

Pero, ¿dónde me quedé? Oh, sí. Las ventajas que ofrecen las tres R's aplicadas a los zombies. Número uno, ambiental. Número dos: la reducción del problemita sanitario que causaban esos asquerosos panteones obsoletos. Nadie se atreva a negarlo. Cuando un zombie está bien cuidado, el riesgo de miasmas por putrefacción es inexistente. Claro, aunque vienen sanitizados y pasteurizados, debemos detergerlos antes del uso.

Talle bien con cloro. No meta a la secadora. No planchar, son frases que podemos observar en la etiqueta que tienen colgada al cuello. Y por supuesto, al inicio de nuestra compra, debemos asegurarnos que el

vendedor nos dé la nota de garantía.

Al inicio es extraño, lo admito. Resulta confuso ver a esa persona descarnada esperando en el rellano de la escalera como una estatua. ¿Acaso siente?, nos preguntamos. ¿Estará pensando algo, por más nimio que sea? Pero conforme pasa el tiempo, uno cae en la cuenta de que los zombies son seres sin alma, sin conciencia excepto la necesaria para obedecer nuestros mandatos. Son autómatas, insensibles, y no debemos sentir tristeza por su estado. ¿Cómo entonces, comprenden lo que queremos que hagan? Muy sencillo: es el residuo del neo córtex, que conserva apenas las suficientes señales neuronales para hacer sus tareas. Ni a neuronas llegan esos despojos. Y sin embargo, la maravilla de la zombificación post-mortem nos ha puesto en charola de plata una manera económica y fácil de desempeñar los trabajos que tanto solíamos odiar, que no nos dejaban tiempo para vivir la vida integralmente.

Los zombies son silenciosos. Perfectos compañeros de escritores, artistas, científicos, en fin; toda esa clase de gente que procura algún bienestar al resto de zánganos. El zombie no se aburrirá, como los perros, ni pedirá que juegues con él. Antes bien, puede uno pedirle que le haga cosquillas si hay alguna circunstancia que requiera una dosis rápida y certera de endorfinas. El chocolate es otra buena opción.

No se recomienda entablar conversaciones con tu zombie. Es un decir, pues no pueden hacer otra cosa que repetir la última palabra que uno ha dicho. Es como hallarse en una catedral vacía y escuchar al eco en una constante interrogación.

Seguidamente, está la ventaja de su alimentación: como lo único que comen son tacos de seso, las taquerías han ideado un sistema brillante para mantener a los clientes satisfechos, dándoles un precio al mayoreo que representa un verdadero banquete, tanto para el zombie, como para el humano. Advierto que este régimen sí tiende a provocar obesidad en las personas que mantienen un zombie.

Y hablando de ahorros, quiero hacer notar que los zombies no cobran por barrer, sacudir, cocinar, ir por los niños a la escuela, sacar a las mascotas al jardín, atender a las personas inválidas o defendernos de los malhechores.

La única desventaja real de éstos maravillosos monstruos es que…bueno, apestan. Uno se va acostumbrando, sin duda. Al rato la nariz ya no distingue ningún olor desagradable, lo cual podemos tomarlo desde el punto de vista positivo, ya que no volverán a molestarnos el excremento en la banqueta o los alimentos echados a perder. Supongo que es una de las causas de mayor protesta. ¡Que apestan la vía pública! Bien, no más que algunos individuos con los que he tenido la desgracia de cruzarme. A las personas epilépticas no les conviene tener zombies, ni estar cerca de

ellos, porque suelen tener ataques a raíz del penetrante aroma de los pobrecillos. Pero el olor personal de un zombie es algo fácilmente superable. Y poniéndolo todo en balanza, creo que las ventajas sobrepasan con mucho a sus pequeños inconvenientes.

En cualquier caso, mis razonamientos son inútiles. Aquí viene Halpin con sus ojos blancuzcos, ignorante del hecho de que ha perdido un pie. Sostiene el paquetito de papel entre los dedos verdes, como si se le fuera la muerte en ello. Se detiene a un metro de mí, y soltando un gruñido profundo, me entrega el cambio. Acto seguido, le ordeno que se siente, y me dispongo a examinar sus heridas, agradecido de que los zombies no sangren, porque no soporto la visión de ningún líquido que salga del cuerpo.

¿Qué les impide a esos chiquillos apedrear a los zombies ajenos hasta obligar a sus dueños a mudarse? Y esas personas anti-zombies, militantes fanáticos cabezas de chorlito, ¿cuántas veces no han destruido los almacenes especializados? No, no es tan popular como debería. Pero lo será. Cuando los zombies sobrevivan a sus propietarios. Cuando esas personas conflictivas losnecesiten… y entonces, podré al fin mandar a Halpin a las tortillas sin dar por sentado que tendré que echar mano al desarmador para arreglar los entuertos de las masas ignorantes. ¡Ah, cómo añoro esos días…!